

TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



Partidos políticos: Momento decisivo

aqueños a quienes criticaron con furia y acidez en no pocas ocasiones. Para los ciudadanos la transición democrática ha significado diversidad política y gubernamental. La revalorización del voto como instrumento de cambio llevó a la crítica de la gestión pública de los partidos de oposición. Incluso la misma categoría dejó de ser funcional: ¿cuáles son los gobiernos de oposición, si por ejemplo el PAN llevaba 15 años administrando la ciudad de Tijuana? En muchos casos el PRI es hoy la oposición.

Pero la transición también ha traído otras novedades: la más conspicua es la desilusión ciudadana de los partidos políticos tradicionales. Rápidamente, las instituciones fundamentales de toda democracia han perdido la credibilidad y hoy merecen una calificación muy baja en la evaluación institucional hecha por la ciudadanía. Tan baja que incluso se elevan voces pidiendo su desaparición. La crítica incluye: Lo oneroso que resultan, la corrupción en la que se han visto envueltos, su funcionamiento como agencias de empleos, la ausencia de vocación de servicio, el nepotismo imperante, etc. Hoy, cuando apenas estamos en pleno proceso de consolidación democrática, los partidos políticos ocupan los últimos lugares de la simpatía ciudadana. Esta situación resulta sumamente preocupante para cualquier democracia joven o incluso consolidada. Ningún sistema político democrático puede prescindir de los partidos políticos; son hasta el día de hoy la vía de representación política por excelencia.

Los tres partidos políticos nacionales se en-

cuentran ante un verdadero desafío. La crisis los amenaza y se encuentran en un momento decisivo: resolver de manera clara y consensuada la elección o el nombramiento de sus candidatos presidenciales. Los momentos de mayor tensión y de dificultad han sido históricamente los de la selección de candidatos, así sea a puestos locales de elección. Los tres partidos mayores lo harán con nuevas dirigencias. El PAN ya eligió a su nuevo presidente nacional; se impuso el ala más conservadora que lo llevará hacia un alineamiento de derecha. El PRD se encuentra en pleno proceso de elección y el PRI pronto hará lo propio. El partido del presidente parece que no ha salido fortalecido del proceso de renovación de su dirección. Los precandidatos no están conformes con los antecedentes del nuevo dirigente y menos con la inequidad en el proceso de selección del candidato presidencial. El PRD ha sido orillado a responder de manera radical a las presiones del gobierno de Vicente Fox. La alta probabilidad de que Andrés Manuel López Obrador sea su candidato, lo llevará a un alineamiento a la izquierda del espectro político. En ese escenario el PRI podrá situarse en el medio del abanico partidista y con ello estará en posibilidad de ganar la contienda presidencial de 2006. Para ello depende de que salga bien librado de la disputa interna por la selección de su candidato. Pero ninguno de los tres partidos parece haber sorteado la posibilidad de una crisis; así, se conjugan los problemas derivados de la renovación de dirigencias, la selección de candidatos presidenciales y las futuras campañas, con el descrédito social que puede radicalizarse si no resuelven con tino sus procesos internos. El reto es mayúsculo.

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx
El autor es investigador del Colegio de la Frontera Norte.

Durante siete décadas de gobierno de partido hegemónico, las organizaciones políticas mexicanas existían al margen del sistema político formal, e incluso el PRI no era realmente un partido presidencialista. El corporativismo sujetaba al partido oficial a los designios del presidente en turno. El resto de los partidos eran permitidos siempre y cuando fueran funcionales para el sistema. Otros tuvieron que vivir por décadas en la clandestinidad, como el Partido Comunista Mexicano, antecedente directo del Partido de la Revolución Democrática. El PAN sufrió también persecución a pesar de contar con reconocimiento legal. Así, durante muchos años aunque decidieron participar con candidatos sabían de antemano que perderían las elecciones. El cambio inició en la década de los ochenta y culminó con la elección presidencial del 2 de julio de 2000.

Tantos años de marginación generaron una cultura y prácticas políticas e ideológicas al interior de los partidos a imagen y semejanza de lo que ocurría al exterior: el autoritarismo se transmitió a las organizaciones. De pronto, los partidos políticos se encontraron en un escenario distinto, con reglas electorales, con posibilidades reales de acceder al poder a nivel municipal, estatal y federal. Tenían ante sí el enorme desafío de aprender rápidamente a pasar de la oposición a ser gobierno. Ese cambio ha sido sumamente difícil. Sus candidatos ahora se plantean llegar a ocupar la silla o la curul de